

Miscelánea sobre política y algunas otras virtudes endeables

—
Ignacio J. Navarro*

Año electoral

Hace ya bastante tiempo, me puse, por algo que diré al final, y de modo completamente ocioso y al azar, a hojear libros de mi biblioteca que guardan, por supuesto que entre muchas otras cosas, pasajes acerca de algunas cuestiones políticas y asuntos afines. Un libro fue llevando a otro, entre las sombras y las iluminaciones repentinas de la memoria.

A mí siempre me gusta, cuando leo, que el autor me acerque una buena cita o escriba una nota interesante al pie de página. Siento esas cosas como un regalo, y, según el caso, hasta como un descanso o aliciente durante la lectura.

Lo que sigue no tiene otro propósito que hacer pasar un buen rato al lector. Es un *divertimento*. Insisto en lo del azar: aquí hay textos que abjuran de la política, o la aborrecen, y otros que recomiendan elementos necesarios para hacer de ella algo más o menos decente; y los autores son totalmente distintos, todos interesantes.

No me parece extraño haber tomado en mis manos, en primer lugar, la “Utopía”, de Tomás Moro, más que por su tema, sobre todo por la discusión eterna acerca de si lo expuesto en el libro es más bien una fantasía o si realmente contiene verdaderas propuestas de gobierno. La misma “Utopía” parece sugerir distintas lecturas. Por un lado, gran parte de los temas de Estado se tratan allí. Y el mismo Rafael Hitlodeo, quien narrará la organización de la isla de Utopía, es aconsejado así, al comienzo del relato, por Tomás Moro: *Pienso que seguirías mejor los dictados de un alma noble y filosófica como la tuya si aplicaras tu tiempo y tus pensamientos a la cosa pública, aunque no te resultara del todo grato. Pero el libro termina así: Existen en la Comunidad de Utopía muchas cosas que deseo, más bien que espero, ver entre nosotros.*

Uno de los que tomó en sentido realista a Moro, y lo hizo difundir en nuestra lengua, fue nada menos que Quevedo. Él escribió una “Noticia, juicio y recomendación de la Utopía y de Tomás Moro”. La firmó: *En la Torre de Juan Abad, 28 de diciembre de 1637. Don Francisco de Quevedo y Villegas.* (Es decir, un siglo después de la muerte de Moro). Comienza haciendo un gran elogio del autor, y luego anota, acerca de su obra: *Llamóla “Utopía”, voz griega, cuyo significado es “no hay tal lugar”. Y agrega: Vivió un tiempo y reino que le fue forzoso para reprehender el gobierno que padecía, fingir el conveniente. [...] El libro es corto; mas para atenderle como merece, ninguna vida será larga. Escribió poco y dijo mucho. Si los que gobiernan le obedecen, y los que obedecen se gobiernan por él ni a aquéllos les será carga ni a éstos cuidado.*

* Sacerdote de Buenos Aires y poeta. Es autor de *Últimas inquisiciones: Borges y von Balthasar recíprocos* y *La alegría invisible*.

Uno sabe que, desde Platón y más tarde Agustín, pasando por los aventureros de la novedosa América, hasta los rusos y varios europeos del siglo XIX, por mencionar unos pocos, se han escrito muchas obras de carácter utópico, unas más realistas y otras más ideales. ¿Cómo juzgarlas, cómo valorarlas para saber cuáles son aplicables en algunos de sus puntos y cuáles no? A mí me ha ayudado, para intentar al respecto un punto de vista amplio y con matices, traer otra imagen y acercarla a la de la utopía: la de la *quimera*. En el libro VI de “La Ilíada”, se lee: *Ordenó a Belerofonte que lo primero de todo matara a la ineluctable Quimera, ser de naturaleza no humana, sino divina, con cabeza de león, cola de dragón y cuerpo de cabra, que respiraba encendidas y horribles llamas; y aquél le dio muerte, alentado por divinas indicaciones. Ante la forma del monstruo, Borges, con su lucidez habitual, hace, en “El libro de los seres imaginarios”, luego de repasar varios textos con testimonios contradictorios y desopilantes, la siguiente reflexión: Estas conjeturas absurdas prueban que la Quimera ya estaba cansando a la gente. Mejor que imaginarla es traducirla en otra cosa. Era demasiado heterogénea; el león, la cabra y la serpiente (en algunos textos, el dragón) se resisten a formar un solo animal. Con el tiempo, la Quimera tiende a ser “lo quimérico”. La incoherente forma desaparece y la palabra queda, para significar lo imposible. “Idea falsa”, “vana imaginación”, es la definición de quimera que ahora da el diccionario.*

De manera que uno podría establecer un criterio de valoración de la lectura de utopías: si se tratara de algo descabellado e infundamentado, completamente inaplicable, eso sería una *quimera*. En cambio, podría haber un texto que resultara, a pesar de su carácter ideal, aplicable en parte, y viniera a constituir algo así como el mejor modelo posible para la realidad, que, incluso desde una mirada realista, libre de optimismos vanos, siempre podría aspirar a pasar de situaciones menos humanas a situaciones más humanas. Eso sería una *utopía*, una formulación que invitara a plasmar la parte posible del sueño. *Ou - τόπος: No - lugar.* “No hay tal lugar”, pero podría inspirar de modo benéfico el lugar propio.

Pero la idea, aquí, no es la de hacer una reflexión.

Anotemos algunas frases de la “Utopía”, de Tomás Moro:

Le hicimos muchas preguntas acerca de todo, a lo que contestó de buena gana. Sólo sobre monstruos no preguntamos, pues nada hay más común; por todas partes se oye hablar de cinocéfalos y lobos humanos, y de crueles devoradores de hombres, pero no es común hallar países donde gobiernen la rectitud y la sabiduría.

Pero con acierto entendía Platón que, a menos que ellos mismos se convirtiesen en filósofos, jamás los monarcas, educados desde la niñez en la mentira, se plegarían al consejo del filósofo, como lo había verificado él mismo en su trato con Dionisio.

Pero aun en caso de que también el número de ovejas aumentase, no sería probable que su precio bajara. En efecto, si bien no puede hablarse de monopolio, pues no son criadas por una sola persona, están, sin embargo, en tan pocas manos, y tan ricas son éstas, que no tienen por qué venderlas antes del momento en que se les antoje, de modo que nunca lo hacen hasta haber elevado el precio en todo lo posible.

Abundar en bienes y placeres en medio de gemidos y lamentaciones es propio de un carcelero, no de un rey.

Si los jueces discrepan entre sí, la cosa más clara se torna discutible y, una vez puesta en duda la verdad, el rey puede interpretar la ley en su propio beneficio; por modestia o por temor, los jueces que no cedieran serían convertidos a esa opinión y, ganados todos ellos, no sería difícil que, constituidos en tribunal, fallaran audazmente a favor del rey.

En cuanto al tema de los jueces, pocas novelas tienen la clarividencia de “La caída”, de Albert Camus. (Entre nosotros, es interesante y profunda “La vuelta de la esquina”, de Federico Peltzer). El protagonista, Jean - Baptiste Clamence, que ha sido un abogado exitoso en París, pero que ha tenido un renuncio muy grave, se ha consagrado a sí mismo como “Juez Penitente”, y anda por los bares de Ámsterdam predicando. Hacia el final de la novela, le recuerda a su interlocutor (que nunca habla, sólo oye) un cuadro famoso de los hermanos Van Eyck: “El cordero místico”. En realidad, se trata de un retablo, de un políptico, de un trabajo en varios paneles, cada uno con muchos detalles que no se pueden enumerar aquí. Baste decir que el panel que está abajo y en el centro presenta, de pie sobre un altar, al Cordero resucitado pero herido, que, desde su costado abierto, deja caer su sangre y la vierte dentro de un cáliz. Ese Cordero es adorado por infinidad de personajes distribuidos en distintos paneles. El último de la izquierda representa, en un pequeño grupo de hombres a caballo, a los “Jueces justos”, o “íntegros”, que vienen a presentar su veneración. Al respecto, el personaje de Camus le recuerda a la persona con la que conversa que ese panel fue robado en 1934, y que el que hay ahora es una copia. La ironía es evidente: en un cuadro que representa a todos los grupos egregios de la humanidad, sólo los jueces son falsos, son un embuste. Y, contra lo que puede parecer, el hecho de que la copia sea excelente constituye algo que agrava la situación: es difícil advertir que son usurpadores. Con hidalguía y prestancia, llegan a caballo los hombres depositarios de una de las más altas realidades de este mundo: la justicia. Pues bien, el cuadro analizado por Jean - Baptiste Clamence dice que la justicia ya no habita más en el espacio de lo sagrado. Es más, esos jueces falsos y usurpadores, con su mentira, resultan una profanación.

Todos conocemos la queja de Shakespeare en “Hamlet”:

¿Quién, si esto no fuera, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito, de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios...?

Contra la corrupción que se esconde detrás de la opresión, también se queja Dostoyevski en “El idiota”. Pero agrega algo de particular lucidez. Al corrupto le ha pasado lo peor que le puede pasar a un hombre que pudo haber sentido un llamado superior: haber dejado la grandeza para abrazar la mediocridad, haber perdido, o malogrado, la vocación:

...uno de esos administradores olímpicos que lo conocen todo (salvo, quizá, a la propia Rusia), hombre que cada cinco años hacía una “observación extremadamente profunda” que

indefectiblemente se convertiría en aforismo y llegaría hasta los círculos más elevados; uno de esos altos funcionarios que, tras largos años de servicio (en realidad, fenomenalmente largos) mueren por lo común tras alcanzar los más altos peldaños del escalafón, en condiciones excelentes y habiendo amasado grandes fortunas, aunque nunca han hecho nada que pueda llamarse grande y que incluso se han mostrado inequívocamente hostiles a lo que de veras es grande.

También en “El idiota”, Dostoyevski pone en boca de uno de sus personajes, de modo caricaturesco o paródico, la inocencia con la que un hombre simple sucumbe a la hipocresía del lenguaje político:

A mí ¿sabe usted? me gusta muchísimo leer en los periódicos todo lo referente al parlamento inglés, o, mejor dicho, no lo que discuten allí –a mí ¿sabe usted? no me interesa la política–, sino el modo de hablarse entre sí y de comportarse como políticos: “el honorable vizconde sentado frente a mí”, “el noble conde que comparte mi opinión”, “mi noble adversario cuya propuesta ha sorprendido a Europa”, o sea, todas esas expresiones, todo ese parlamentarismo de un pueblo libre; eso es lo que cautiva a un individuo como yo.

Sobre el parlamento inglés, quien tiene un párrafo que podemos calificar como aterrador es Jonathan Swift en “Viajes de Gulliver”. Como se recordará, el Capitán Lemuel Gulliver llega, en su cuarto viaje, al país de los *houyhnhnms*, los “caballos humanos”. En un momento, el viajero debe explicar a sus extraños anfitriones el funcionamiento de algunos asuntos del gobierno inglés:

Hay tres medios por los cuales un hombre puede elevarse a la categoría de ministro; el primero consiste en saber disponer con tino de una esposa, una hija o una hermana; el segundo, en traicionar o desprestigiar a su predecesor, y el tercero, en exhibir en las asambleas un celo furioso contra la corrupción en la Corte. Pero un príncipe prudente escogerá para el cargo, ante todo, al que practica el último de estos medios, porque dichos individuos cuanto más celosos defensores de la moral se manifiestan, más sumisos e indulgentes son ante las pasiones de su señor. Agregué que, teniendo esos ministros todos los empleos a su disposición, se mantienen en el poder sobornando a la mayoría del senado y del consejo supremo y que, por último, mediante un expediente llamado “Acta de Indemnidad” -cuya naturaleza le describí, se aseguran el reconocimiento de sus servicios para luego retirarse de la vida pública cargando con los despojos de la nación.

El palacio del primer ministro es un seminario para educar a otros en su mismo oficio: los pajes, lacayos y porteros, imitando a sus señores, se vuelven ministros de Estado en sus respectivos distritos y aprenden a excederse en los tres principales recursos que son la insolencia, la mentira y el soborno. De acuerdo con ello, tienen una corte de subalternos rentados a los que eligen entre los personajes de la mejor categoría y, algunas veces a fuerza de habilidad y desvergüenza, llegan a través de varias gradaciones a ser sucesores de su señor.

Generalmente este último está dirigido por una mujer impúdica y caprichosa o por un lacayo favorito, que son los caminos por los cuales pasan todas las gracias y que, en último término pueden llamarse con propiedad los gobernantes del reino.

[Se pueden anotar aquí dos observaciones agudas acerca de Swift. Una está en la “Diapsálmata”, de Sören Kierkegaard: *La vejez realiza los sueños de la juventud. Podemos verlo en Swift: construyó en su juventud un manicomio y al llegar a viejo ingresó en él.* La otra

está en “El escritor argentino y la tradición”, de Jorge Luis Borges: *...el caso de Swift, que al escribir “Los viajes de Gulliver” quiso levantar un testimonio contra la humanidad y dejó, sin embargo, un libro para niños*].

Ya que hemos citado lateralmente a Borges, podemos traerlo al centro. Él también aporta su granito de arena en un párrafo de su cuento “Utopía de un hombre que está cansado”, donde el protagonista, que despierta de repente en el futuro, le describe a un habitante de ese tiempo algunas situaciones que se vivían en su época:

En mi curioso ayer, prevalecía la superstición de que entre cada tarde y cada mañana ocurren hechos que es una vergüenza ignorar [...] Todo esto se leía para el olvido, porque a las pocas horas lo borrarían otras trivialidades. [...] Los gobiernos fueron cayendo gradualmente en desuso. Llamaban a elecciones, declaraban guerras, imponían tarifas, confiscaban fortunas, ordenaban arrestos y pretendían imponer la censura y nadie en el planeta los acataba [...] Los políticos tuvieron que buscar oficios honestos.

Acerca de fabulaciones periodísticas atractivas para la gente, Camus anota en “La peste”:

Ciertos editores de la ciudad vieron pronto el partido que podían sacar de aquella novelaría y propagaron en numerosos ejemplares los textos que circulaban. Dándose cuenta de que la curiosidad del público era insaciable [acerca de plagas en distintas épocas], acabaron por emprender búsquedas en las bibliotecas municipales sobre todos los testimonios de ese género que la tradición podía proveerles, y los repartieron por la ciudad. Cuando la historia misma empezó a estar escasa de profecías se las encargaron a los periodistas, que en este punto, por lo menos, resultaron tan competentes como sus modelos de los siglos pasados.

En cuanto al periodismo, George Steiner, en *Gramáticas de la creación*, que es, entre muchas otras cosas, una magnífica obra acerca del lenguaje, recuerda a dos pensadores que denunciaron el agotamiento de la palabra en muchos ámbitos, pero con un importante protagonismo de la prensa y la política:

Los actos y los instrumentos del lenguaje, trivializados por el consumo de masas y la publicidad, falseados por la jerga de la bolsa, de los educadores, de los burócratas o de los hombres de leyes, se muestran incapaces ya para decir la verdad. A partir de esta incapacidad, la propaganda, el diluvio de falacias, han compuesto una retórica nauseabunda de odio y muerte.

Es el mundo que aplasta a Karl Kraus, un mundo enloquecido por una palabrería hueca, pero virulentamente contagiosa. Su circulación masiva ha borrado toda auténtica significación que pudiera haber tenido alguna vez la acuñación de palabras y la sintaxis. La monstruosa inflación y malversación de la dicción han privado de voz a la verdad. La prensa es su central y matriz emisora: imprimimos mentiras como imprimimos billetes. Ya desde 1848 Kierkegaard había señalado que las nuevas Escrituras, los textos sagrados del moderno hombre occidental, serían la prensa. A esta observación añadamos hoy la red planetaria de los medios gráficos y electrónicos. Kraus ejerce su incendiario talento analizando, despellejando, fustigando y parodiando la jerga periodística. Ésta, al propagar ondas de choque tan constantes, tan puerilmente seductoramente que saturan la conciencia,

logran la “antimateria” de la palabra respecto a aquello que concierne a su responsabilidad y al deseo de verdad. Es un detergente tan suavemente corrosivo que “empaqueta” y convierte en rutina todas las falsedades, todas las bestialidades -la última tortura de un niño, la limpieza étnica de ayer, y también comercia con el arte y el pensamiento. “En el comienzo era el Verbo”, proclama el Cuarto Evangelio. “En el comienzo era la prensa”, rectifica Karl Kraus. Este escritor bohemio llegó a postular que el agotamiento de la palabra fue uno de los motivos -y no el menor- del comienzo de la Primera Guerra: ya no sabían hablar, tuvieron que matarse. Hans von Balthasar, que leyó con interés a Kraus, lo expresa así: ...la idea de la decadencia del mundo de Karl Kraus, la evidente corrupción de una cultura que se derrumba a causa de la crisis de su lenguaje, poco a poco vaciado de toda significación, en cuya “retórica nauseabunda” él ve la causa de la Primera Guerra y la trivialidad que de modo inédito abrazan las multitudes y las instituciones: “en lo sucesivo, los estúpidos y los mediocres nos conducirán, y las mayorías los aceptarán alegremente, sobre todo porque serán iguales a esos líderes sin palabra.” (Prüfet alles - das Gute behaltet. Ostfildern, 1986, pág. 8. Citado por Peter Henrici en *Semblanza de Hans Urs von Balthasar*. *Communio* IV - V (julio - agosto) 1989, pág. 359).

Todo resulta más simple para Quijote cuando aconseja a Sancho:

Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria; y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran. Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Hablando de sangre o linaje, he aquí una frase (¿qué decir?) divertida o desconcertante de Dante Alighieri en “El Convite”:

Las escondidas riquezas, que se encuentran o se ganan, se presentan con más frecuencia a los malos que a los buenos; verdad esta tan manifiesta que no necesita prueba especial [...] La mayoría de las veces las herencias, legadas o sobrevenidas, corresponden a los malvados y no a los buenos, de lo cual no quiero presentar testimonio alguno; mire cada cual a su alrededor y verá lo que yo paso en silencio para no abominar de nadie.

Volvamos a la seriedad de Camus en “La peste”:

Sé únicamente que hay en este mundo plagas y víctimas y que hay que negarse tanto como le sea a uno posible a estar con las plagas. Esto puede que le parezca un poco simple, y yo no sé si es simple verdaderamente, pero sé que es cierto.

He oído tantos razonamientos que han estado a punto de hacerme perder la cabeza y que se la han hecho perder a tantos otros, para obligarlo a uno a consentir en el asesinato, que he llegado a comprender que todas las desgracias de los hombres provienen de no hablar claro.

Saber qué es lo que se ha respondido a la esperanza de los hombres.

Yendo a otra fuente, agreguemos ahora este texto, por todos conocido, inapelable:

Jesús llamó a los doce y les dijo: “Ustedes saben que aquellos a quienes se considera gobernantes, dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos las oprimen con su poder. Entre ustedes no es así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos. Porque el mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por la multitud” (Mc 10, 42-45).

Tomando el último renglón de esta invitación e invectiva de Jesús, se ve una llamada a la determinación, a decidir con qué acciones responder a la dolida realidad. Joseph Conrad, sin duda uno de los más grandes narradores, tiene en su obra algunos “rincones” (por decirlo así) con escritos donde especula acerca de hechos que le han interesado. Uno de ellos se titula “Algunas reflexiones sobre la pérdida del *Titanic*”. Dice así, en uno de sus párrafos:

Tengo el mayor respeto por nuestras autoridades. Soy un hombre disciplinado, de natural indulgente con las debilidades de las instituciones humanas. Sin embargo, admito que en ocasiones he lamentado ¿cómo diría yo? su imponderabilidad. Un Consejo de Comercio ¿qué es? Un Consejo de... Creo que el portavoz del Parlamento Irlandés es uno de sus miembros. Un fantasma. Menos aún: hasta ahora, un vago recuerdo. Una oficina con adecuado mobiliario, y sin duda comfortable, y un montón de caballeros perfectamente irresponsables, envueltos en blanda atmósfera, como de algodón, sin preocupaciones mundanas; porque no puede haber interés sin responsabilidad personal; por ejemplo, tal como la que alcanza a los marinos: esos hombres de mar de cuya boca, y como medida disciplinaria puede quitar el pan esa institución irresponsable. Sí, es todo eso. ¿Y qué más? El nombre de un político ¡un hombre de Partido! Menos que nada; un mero vacío sin siquiera una sombra de responsabilidad en él, proyectada por esa luz donde se mueve la masa de hombres que trabajan, que atienden a hechos y enfrentan realidades no palabras de esta vida.

Es curiosa esa división entre la gente que se ocupa de vivir, de atender realidades, y los políticos, no sólo como personas alejadas de la realidad, de la vida humana, sino como seres afantasmados, como recuerdos o entes vacíos hechos de palabras insignificantes.

Dante, capaz de crear más belleza y más horror que el propio Conrad, tiene en su *Comedia* un pasaje terrible pero además muy extraño. En el canto X del *Infierno*, conversa con algunos condenados entre los que hay políticos y eclesiásticos que formaban parte de las intrigas de la época. Al poeta le llama la atención que gente tan astuta, capaz de intuir los sucesos que se avecinan y de anticiparse a ellos, no tengan clara conciencia del presente y le pregunten a él cómo van las cosas en la ciudad de Florencia. Dante se anima a inquirir acerca de esto, y recibe por respuesta la siguiente declaración:

Nosotros vemos, como quien tiene mala luz, las cosas que están lejos... pero cuando se acercan o existen, es vana nuestra inteligencia. Y agrega: si alguien no nos da noticia, nada sabemos de los hechos humanos, por lo cual puedes comprender que morirá nuestro conocimiento en cuanto se cierre la puerta del porvenir.

Es decir que Dante ve aquí a los políticos como astutos pero sin inteligencia, sin conocimiento o pensamiento. Sólo atisban el futuro, no ven el presente; de modo que

cuando llegue el Juicio y no haya más futuro sino sólo presente, no entenderán nada. Es un cuadro tremendo que nadie había pintado así: los imagina destinados a vivir la eternidad como estupidez.

De modo más sintético, la poeta Emili Dickinson formula, en un pequeño poema, un mal entendido terrible: el personaje que se cree notable o superior porque es aplaudido por una multitud, sin darse cuenta de que está siendo alabado por un montón de seres despreciables como él:

*¡Qué tedioso es ser Alguien!
¡Cuánto impudor, cual una rana,
repetir tu nombre todo el día
ante una charca admirativa!*

Camus, por última vez:

Lo que me parece deseable en este momento, es que en medio de un mundo de muerte, se decida reflexionar sobre la muerte y elegir. Si esto puede hacerse, nos dividiremos entonces entre los que aceptan el rigor de ser los asesinos (verdugos) y los que lo rehúsan con todas sus fuerzas. Puesto que esta terrible división existe, será al menos un progreso hacerla evidente. A través de los cinco continentes, y en los años que vienen, una interminable lucha va a desarrollarse entre la violencia y la predicación. Es cierto que las posibilidades de la primera son mil veces más grandes que las de la última. Pero yo siempre he pensado que si el hombre que tiene esperanzas dentro de la condición humana es un loco, el que desespera de los acontecimientos es un cobarde. Y en adelante, el único honor será el de sostener, obstinadamente, ese formidable pleito que decidirá por fin si las palabras son más fuertes que las balas.

En referencia a la vida social, a la política, a la comunicación, ¿dónde se puede hoy leer u oír algo como lo expresado en la cita anterior...?

A veces pienso con tristeza en los políticos. También en los periodistas. (Para una percepción general, ambos forman actualmente casi un mismo “fenómeno comunicacional”, donde la acción y la narración acerca de ella aparecen y se expresan simultáneamente). La tristeza surge por ver tantas claudicaciones. Muchas personas, en vez de entristecerse, se enojan. No está mal; ante algunas inconductas o incompetencias de los responsables del bienestar general y de la corrección, eficacia y honor de las instituciones, hay derecho a la indignación. Yo creo que a mí me afecta más ver tanto deterioro humano, tanta declinación. ¿Cómo se llegó hasta ahí; cómo fue el camino? Quizás algunos, simplemente, empezaron mal, militando en ámbitos ya contaminados por el poder, por sus ideologías y tácticas. Pero uno sabe que, en general, los jóvenes, en el comienzo, han sentido una inclinación loable, una vocación: el deseo de una acción por el bien común; el anhelo de una palabra asociada a la verdad, sobre la que no pesaran otros intereses; formar parte activa de una historia y una cultura que se ha comenzado a conocer y amar... Tantas cosas buenas. Ante esto, ¿cómo se sentirá alguien que, a lo largo del camino, ha ido renunciando a esos orígenes y se ha ido acomodando a

una realidad circundante desinteresada de todo aquello? Sobre todo, ¿cómo verse a uno mismo, y con qué juicio, al saberse mediocre, frívolo, ambiguo, trivial, eventualmente deshonesto, acaso en el momento cumbre de la vida y en el ejercicio de una alta tarea que debería ser de responsabilidad? ¿Cómo se puede ser tan insignificante y tan dañino a la vez? (¿Será necesario decir, una vez más, que en la escena pública hay muchas personas capaces y excelentes?). Vivir ya sin saber quién se es, capturado por la profunda insatisfacción y disgusto de uno mismo, con un corazón que tuvo el deseo de entregarse por entero y que ahora está completamente dividido. (El ya mencionado Kierkegaard tituló a una de sus conferencias: “Pureza de corazón es querer una sola cosa”). Estar en “la plenitud de la vida” y haber perdido todas las fuerzas que se insinuaron al comienzo del camino. Saberse con una misión y un destino malogrados; con una vida fallida.

Dice Hans von Balthasar: *Hay un modo especial de ausencia de espiritualidad, que sólo puede verse en el espiritualmente fracasado.*

* * *

Por supuesto que citas como las que fui anotando en estas páginas hay miles. Sólo quise ofrecer aquí algunas pocas que se fueron asomando desde los estantes de mi ecléctica biblioteca.

Dije, al principio de la nota, que comentaría qué fue lo que motivó esta peregrinación ociosa a través de las páginas de algunos de mis libros. Fue un hecho insignificante. No se trató de nada extraordinario, sino de algo simple y cotidiano (cada uno hace las asociaciones que puede, o que quiere): resulta que era el día de Santa Isabel de Hungría, de quien será suficiente decir que fue princesa en el siglo XIII, en un momento en que la monarquía a la que pertenecía poseía enormes riquezas y poder. Vivía en medio de un gran lujo. Su vida fue breve: 24 años (1207 - 1231). Contrajo matrimonio muy joven y tuvo una hija, Gertrudis, que, a diferencia de su madre, fue longeva. Isabel enviudó seis años después de su casamiento (Gertrudis nació pocos días después). Su matrimonio, hasta donde se sabe, fue feliz.

Luego de que su marido muriera a causa de la peste, Isabel, que ya desde hacía años se destacaba por su devoción profunda y por su amor a los pobres, comenzó a usar de sus cuantiosos bienes, y de los de la corte en general, para socorrer a los necesitados. Sobre todo, se ocupó de los enfermos. Construyó hospitales y ella misma atendía a los que acudían para ser curados. Así que la santidad vino a ser su forma de gobernar. Tal era su fama y el respeto que alcanzó, incluso más allá de su tierra, en buena parte de Europa, que fue canonizada en 1235, sólo cuatro años después de su muerte. El ejemplo de su bondad y misericordia influyó en muchos reyes y príncipes.

Pues bien, ese día, luego de enterarme un poco mejor de la vida de esta santa y de las acciones de su gobierno, inevitablemente fui derivando hacia temas políticos que se me presentaban con el rostro de la actualidad. Me sobrevino entonces la ocurrencia, completamente ingenua pero sincera, de que sería muy bueno contar con tres o cuatro santos en los asuntos públicos.

Pongamos como fecha simbólica la edición de “El Príncipe”, de Nicolás Maquiavelo, para decir que hace ya mucho tiempo que ha quedado establecida y aceptada por todos la autonomía de las realidades temporales respecto de la religión. Y así debe ser. El mundo y sus asuntos tienen sus propias leyes.

Incluso el desprestigio de Maquiavelo resulta algo anacrónico. Fue un hombre de su época, como Erasmo, como el propio Tomás Moro, como los humanistas que empezaron a pensar en un mundo donde la filosofía ya se había separado de la teología, y el pensamiento político se tornó independiente. Erasmo, Moro y Maquiavelo no pensaban igual en materia política, pero los tres ya vivían en un tiempo en el que los asuntos temporales no se pensaban como materia teológica; y en esto coincidían.

En mi biblioteca hay una edición de “El Príncipe” que, en el prólogo, alberga esta frase: *¿A qué se debe la mala reputación de Maquiavelo y el maltrato a su figura histórica a través de los tiempos? [...] La mala imagen se ha difundido más en Inglaterra y los Estados Unidos que en Europa porque la hipocresía es característica de la política anglosajona.* Le aseguro al lector, para su tranquilidad, que la frase que acabo de copiar no está escrita por un italiano.

No es imposible agregar otro motivo que ha contribuido con el deterioro de la figura de Maquiavelo, y es el hecho de que varias ediciones, desde hace mucho, contienen los comentarios de Napoleón Bonaparte (también los de la reina Cristina de Suecia). Las apreciaciones de Napoleón, sean o no acertadas desde el punto de vista militar y político, son, moralmente consideradas, casi todas reprobables (psicológicamente también). Con independencia de la instrucción que poseía el emperador de los franceses, los sentimientos reflejados son criminales, como si fueran dictados por los instintos de una fiera que mata no porque tiene hambre sino por natural inclinación asesina. Bonaparte escribe con petulancia, de modo vulgar, y como si la crueldad lo excitara o divirtiera. Cualquiera que lea el texto de Maquiavelo simultáneamente con los comentarios de Napoleón no podrá impedir que el desagrado, cuando no la indignación, vaya creciendo junto con la lectura; y no será imposible que, ofuscado el ánimo, se confunda acerca de la causa de ese disgusto, que ha surgido de la soberbia y el cinismo del “Gran Corso”, y no del texto preciso y didáctico de Maquiavelo.

Las realidades temporales, pues, deben ser respetadas y tratadas como tales. A veces la misma Iglesia, que ha proclamado inequívocamente esta autonomía, en el ejercicio de su tarea pastoral ha sugerido respuestas religiosas para cuestiones intramundanas, lo que es integrista puro, que es algo que debe ser rechazado sin vacilación. Al fin y al cabo, es lo que hacen tantas veces los políticos cuando dan respuestas ideológicas a problemas técnicos.

En suma, que los asuntos políticos deben ser manejados más bien por personas con capacidad y habilidad para la cosa pública y no por personas solamente bondadosas.

Dicho esto, insisto en que me sea permitida la inofensiva ilusión de tener reservadas unas pocas vacantes para algunos santos en el Estado.